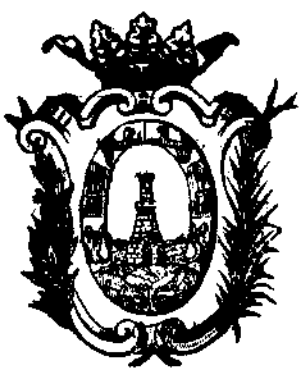




EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13660

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VIERNES 7 DE JUNIO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA. — SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal.

CRÓNICA

LA CELEBRIDAD

Ser célebre, he ahí un anhelo perenne en casi todos los hombres, los prácticos inclusive.

Diríase que este afán de notoriedad revela la existencia de cierta poesía íntima en el alma de todos los nacidos; tal vez esta afirmación carezca de base y se refugie en los brazos de lo absurdo y de lo ilógico, pero en cambio sí es innegable que el deseo de sonar en el mundo significa cuanto menos la tendencia a imponer la propia personalidad en el revuelto maremagnum de la vida.

Llamémosle a esta tendencia manía, si no necesidad, y admitamos una división: la de hombres que quisieron ser célebres pero que a determinada edad, por las exigencias diarias del vivir, se curaron para ingresar en las apretadas filas del ejército de la resignación; y la de hombres que sueñan de por siempre y para siempre en la satisfacción del deseo que les atosiga, sin poder mano en nada para conseguirlo; y hombres que perduran en la manía y trabajan para realizarla; hasta que el atand les impide definitivamente dedicarse al intento de coger el cielo con las manos.

Esta sencilla división nos da una regla general, más la excepción, la picaresca excepción, eternamente en pugna con toda regla, hasta con las más empalagosas y orgullosas de sí mismas; se mete también con la regla general comprendida en la frase «manía de grandezas» y nos grita a voz en cuello que existieron y existen hombres que sin rendirse al ansia de celebridad, la alcanzan.

He aquí dos casos: Mr. Charles Abbot, veterano jugador de cricket, quien, después de un sinnúmero de años, pasados en embobar a las gentes manejando a palos los bolos, se retiró modestamente para dedicarse en exclusivo al goce de los placeres de familia y a dar que hablar, con su desaparición, al mundo entero.

El otro caso, es el temiente de ingenieros del ejército inglés Mr. Martin Leake, quien, habiéndose elevado recientemente en un globo militar del campamento de Aldershot para hacer algunas experiencias científicas, cayó con su aerostato, en el mar, cerca de Wesolbay, y pereció ahogado.

Ambos señores lograron la celebridad, de un momento, si se quiere; el uno, gracias a la estupidez humana; el otro, gracias a la muerte.

Charles Abbot se pasó la vida jugando al Cricket, por afición ó por capricho, y, por desgracia, halló aplausos, fama, admiradores. Verdad que su labor inútil no perjudicó a nadie, no amenazó ningún interés creado, ni menos inició ideas nuevas que trastornasen en algo lo sancionado, lo admitido por bueno y verdadero a todas luces; tanto, como por rebelde a cualquier modificación del tiempo ó del estudio.

Martin Leake, que se dedicó a experiencias científicas, de fruto insustancial, quizás, en el conjunto, pero beneficioso en el detalle, necesitó de la muerte para que su nombre se pronunciase con tono de lástima por unos cuantos millares de bocas...

Es atractiva la celebridad, muy atractiva, pero es triste, muy triste, que, para sentir su caricia, ya deseándola, ya repugnando de ella, hayamos de entregarnos al poder secular de la estulticia, ó amparar, bajo el sombrío manto de la muerte, los duros terrones que araron, en silencio y con fatiga, la inteligencia, el saber y la constancia.

M.

La enseñanza naval en Italia

Por mediación del Real Agente Consular de Italia en esta ciudad, solicitó el Consal General en Barcelona, de la expresada nación, del secretario de La Liga Marítima, D. Jose Moncada Moreno, antecedentes y detalles acerca de la Enseñanza Naval Elemental en las escuelas públicas, a fin de iniciar en Italia tan patriótica y provechosa instrucción.

El señor Moncada se apresuró a satisfacer con el mayor gusto, los deseos del mencionado Consal General, enviándole también, todos los impresos que existen en España, de esta enseñanza, que cada vez, va obteniendo mayor aceptación y aplauso.

El Real Agente Consular, ha remitido al joven secretario de La Liga Marítima, la siguiente comunicación:

«Agencia Consular de S. M. El Rey de Italia en Cartagena».

El muy Ilustre señor Consul General de Italia en Barcelona, a quien comunicué la entrevista que tuve el gusto de tener con V. S. referente a la Enseñanza Naval Elemental, en las escuelas públicas de esta Región, cuya hermosa iniciativa pertenece a V. S. me dice haber comunicado a su Gobierno los informes que debidos a la atención de V. S. le he proporcionado, unidos a los impresos que tuvo V. S. la bondad de facilitarme, para que sirvan de estímulo a La Liga Naval Italiana a hacer algo análogo en las escuelas públicas de Italia.

A la vez me encarga dar a V. S. en su nombre las más expresivas gracias, cuyo encargo cumplo con el mayor placer, aprovechando esta oportunidad para ofrecer a V. S. las seguridades de mi más distinguida consideración personal.

Cartagena 27 de Mayo de 1907.—El Real Agente Consular, Angel María Delgado.—Señor D. José Moncada Moreno, Secretario de La Liga Marítima en Cartagena.

Como se vé, la Enseñanza Naval con tanto entusiasmo implantada en nuestra Patria, por los Señores Novas Alemany y Moncada, los dos primeros en sus escuelas de San Martín de Grove y de Mahón respectivamente, y el tercer caso de todos los pueblos de esta provincia marítima, no sólo adquieren mayor desarrollo é importancia, sino que natió una enseñanza naval como tal, para inaugurarla en sus escuelas, convencida de su utilidad.

LA OLA NEGRA

¿Qué hay en la atmósfera?

Indudablemente pesa sobre España una ola negra de desastres y desdichas. Basta leer la prensa madrileña,

reflejo de lo que ocurre en toda la nación, para convencerse de ello.

Las diversiones más gratas, alegres y vistosas resultan trágicas; en la Plaza de toros de la Corte, uno de los maestros modernos del arte de Costillares es herido en una mano, y poco después otro, tan simpático y arriesgado como escaso conocedor de las reses bravas, es empujado por un bay cobarde y mansueto, que le inflige herida gravísima al huir, como todos los cobardes.

En unas aristocráticas carreras de caballos muere un jinete con su cabalgadura, y no pasan cuatro días más sin que mueran el suelo, con desperfecto de su físico, otros dos caballeros.

En los mencionados periódicos, y contra lo acertadamente convenido, vuelven a aparecer carteles de retos y relaciones más ó menos fantásticas de sucedidos, que podrán interesar mucho a los interesados, y a los que frecuentan las salas de armas, cuando más; pero, que al público sensato no le parecen del todo bien, aunque no fuera si no por el espacio que roban a otros asuntos de interés general.

Amantes celosos é iracundos que matan ó hacen de gravedad a los que son ó fueron los objetos de sus más rendidas pasiones; y se ha visto que no retrocedían ante el asesinato, ni el asesinato desafiado por una hija, ni la joven imprudente que en mala hora escuchó los halagos de un ténorio de estos tiempos.

En todos tan divertidos y alegres como el de Fornos, de Madrid, en aquellos misteriosos cuarteles de su entresuelo, un hombre, celoso de una extranjería, se entretiene, según él, tirando al blanco y armando un espectáculo regular...

Si las pasiones admitieran una etíope de razón, dejarían de ser pasiones y por eso hacen los cometarios; pero en ellos como en otros delitos, cabe examinar la responsabilidad que corresponde a quienes facilitan los medios para que la falta pueda realizarse.

Aquí, en España, no ha y coto ni reglamentación alguna para la venta de armas: Los puñales, las navajas hechas para matar, se venden públicamente, sin limitar edades ni personas. Aquí, donde se cachea sin que nadie proteste por ello, ¿porqué se consiente la ven-

ta y el uso de esas armas traidoras sin adoptar la menor precaución?

Porque todo eso y más es necesario en un clima donde el sol se sube a la cabeza con tanta facilidad.

EL GENERAL MONCADA

El telégrafo nos comunicó ayer el nombramiento de Gobernador Militar de la plaza y provincia de Murcia, a favor del bizarro general de división Excmo. Sr. D. Luis Moncada y Soler.

La justa y merecida reputación de que goza en el Ejército, este pundonoroso soldado, que ha derramado su sangre por la Patria en todas las campañas, y singularmente en la última de Cuba, donde en refriado y desigual combate conquistó después de grandes muestras de heroísmo, los entorchados de general, hacen que al ser destinado para desempeñar cargo tan elevado y de tanta importancia, sean unánimes los elogios y todos esperamos que el Sr. Moncada, unido por lazos de parentesco con distinguidas familias de la población, logre merecer el cariño y la estimación de todos los cartageneros sin distinción alguna y sea pronto un cartagenero más.

Procede el general Moncada del ilustrado cuerpo de Estado Mayor, en el que ha dejado muy gratos recuerdos, que patentizan su talento y su extensa cultura que le conquistaron desde su ingreso una sólida y bien merecida reputación.

Desde mañana, comenzaremos la publicación de la brillante hoja de servicios del ilustre general, que muy pronto tendremos la honra de contarle entre nosotros.

De re musical

El maestro San José

Al partir de esta ciudad, en uso de licencia por enfermo, nuestro ya querido amigo, el músico director de la banda de Infantería de Marina, Don Teodoro San José, nos ha dicho que su primer trabajo musical ha de ser la composición de un «Santo», titulada «ECOS DE CARTAGENA», la cual piensa dedicar al también amigo y terfallo nuestro, el distinguido «dilettante», D. Diego Alessón.

Dicha composición constará de tres partes: la primera se denominará «Canción campestre»; la segunda,

«cartageneros», y la tercera «Baile popular», y será arreglada por su autor para piano, para sexteto y para banda.

Dado el merecido renombre que goza el maestro San José, en el mundo del arte musical, y la originalidad é inspiración que brilla en sus composiciones, aplaudidas por los públicos de toda España, no es aventurado predecirle otro gran triunfo que sumar a los muchos que ha logrado durante su larga carrera artística.

El maestro San José, como ya hemos dicho, ha salido hoy para Madrid, regresando de nuevo a esta ciudad, una vez cumplido los dos meses de licencia que se le han concedido para atender al restablecimiento de su salud.

Buen viaje, y a regresar pronto, maestro.

Cuartillo suelto

El viejo de la Ocarina

Un joven escritor madrileño, Pedro S. Martín, nos envía las siguientes cuartillas que con gusto publicamos no sólo por su mérito literario, sino por ser un anciano maestro de Instrucción pública, cartagenero el protagonista de ellas, «el viejo de la Ocarina», que, ciego, recorre las calles de Madrid, implorando la caridad pública.

Dice así el articulista: «Uno de estos hermosos días primaverales en que el aire caldo, precursor del verano, acariciaba los rostros y el azul intenso del cielo de Madrid invitaba a la melancolía, cierta calle celebré donde, hace ya mucho tiempo, pasearon también sus gallardías, mozas de bravíos quereres y hombres de rugientes pasiones.

Es un pobre viejo de lengua barba encanecida que entierra en niveles marco su semblante moreno, recordándonos vagamente los rostros de ancianos musulmanes que vimos al soñar leyendo «las mil y una noches».

Andaba el desdichado lentamente recostándose en las paredes y miraba con sus ojos estáticos el firmamento, mientras sus dedos huesudos pasaban sobre los agujeros de la ocarina «moderando» las notas graves y dulces del instrumento, que dice penas y amores muy íntimos, muy callados. Pero nadie le atiende. Al lado del anciano pa-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 386

los hombres vivíamos en la superficie de nuestro globo, y que nuestra atmósfera y nuestro mar estaban alrededor de la tierra. La última circunferencia la conocía ya por sus astrónomos especialistas. Meotó vivísimo interés por tener más detalles de lo que llamaba extraordinario estado de cosas, porque de la solidez ó compacidad de la masa de la tierra se habían inclinado a considerarla como inhabitable.

Primeramente trató de saber cuáles eran las temperaturas extremas a que los seres terrenales se hallan expuestos; y escuchó con profundísima atención mis descripciones acerca de las nubes y las lluvias.

Ayudado a la comprensión de los conceptos el hecho de que la atmósfera lunar, en las galerías más próximas a la superficie y en el período nocturno, presenta con frecuencia densas nieblas. Me pareció que me maravillaba al saber que no encontramos la luz del sol demasiado intensa para nuestra vista y manifesté cierta extrañeza cuando expliqué que el cielo presentaba un color azul ó causa de la reflexión de la luz en el aire. Explicué también, cómo la pupila del ojo humano puede contraerse y proteger órgano tan delicado, cuando la intensidad del sol es muy grande, y se me permitió acercarme hasta unos cuantos pies de distancia de la Gran Presencia para que pudiese obser-

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 383

la ceremonia. Nuevamente subió hasta mí, al percibir aquellas oleadas de muchedumbre, a sensación de miedo insuperable, pero pasó rápidamente...

»Después de una pausa vino la salutación. Ayudárame a bajar de mi litera; me quedé de pie, a la izquierda, y entretanto, dos frágiles funcionarios hicieron en mi nombre una serie de gestos curiosos y, sin duda, extraordinariamente simbólicos. El cortejo enciclopédico de los sabios que me habían acompañado hasta la entrada de la última sala apareció colocado a derecha é izquierda, dos gradas encima de mí y dispuesto a complimentar las faldas del Gran Selenita Fi-ú, con su gran cerebro blanco, se colocó a mi lado y ante el trono, en posición que le permitiera fácilmente comunicarse entre el Gran Selenita y mi persona sin necesidad de volver la espalda a uno ni a otro.

»Tai-puff se situó detrás de su compañero; varios ojitos avanzaron hasta mí, mirando siempre hacia la Suprema presencia. Me senté como los turcos, y Fi-ú y Tai-puff se enrollaron también, situándose un poco más arriba.

»Hubo una ligera pausa. Los ojos de los corteses sólo se apartaban de mí para mirar al Gran Selenita; no alibido y un toque de atención pasó sobre las multitudes casi invisibles, y al instante cesaron los ruidos.